

Intervención del Rector Enrique Battaner en el acto de la Lección Jubilar del Prof. Antonio Morales Moya, celebrada el 3 de noviembre de 2003 en la Universidad Carlos III de Madrid.

No resulta frecuente hoy día que un compañero universitario entre en tu despacho y te anuncie que el último teorema de Fermat ha sido demostrado, siendo como éramos, él y yo, ajenos al mundo de las Matemáticas. Menos frecuente aún es que te lo diga con alborozo. Y eso es una de las muchas vivencias que Antonio Morales y yo hemos compartido. La he citado en primer lugar porque creo yo que retrata a la perfección a ese humanista del siglo XXI que es Antonio, que saltándose la barrera de las Dos Culturas se regocija por cualquier avance en el conocimiento humano. Bien es verdad que el teorema (o conjetura, como decían los puristas) se remontaba nada menos que al siglo XVII resistiéndose tenazmente a la demostración. Tanto él como yo nos alegramos vivamente. Aunque en el fondo, nos alegrábamos de que esas cosas fueran aún capaces de alegrarnos. Nada humano resulta ajeno a la persona de Antonio Morales, y menos ajeno aún a ese historiador contemporáneo que nos remonta a los ilustrados del XVIII y que como tal, terminó recalando en la Universidad Carlos III, en la que siempre he visto una voluntad decidida de continuar con esa tradición de la España ilustrada y amante de las luces. Salamanca siempre fue para Antonio un poco demasiado escolástica.

Tal es Antonio Morales: el escolar (dicho sea en sentido anglosajón) que partiendo de la Ilustración Española, y lejos de dedicarse a la exégesis estéril de la misma, siempre ha sabido sacar conclusiones prácticas, evidenciadas tanto en su trayectoria universitaria (su compromiso por el buen gobierno de la Institución) como en la anterior, cuando era Jefe de Servicio en el Ministerio de Industria. Aún recuerdo cómo él, hablando de aquella etapa, me dijo, lleno de orgullo, que en aquel entonces España había llegado a ser la décima potencia industrial del mundo. Creo que nos estaba dando un ejemplo del compromiso de la Función Pública española con la propia España, compromiso que, en su caso, pasaba por la oposición activa al Régimen. Para quienes nos habíamos formado en la comparación, por supuesto desfavorable, con otros grandes cuerpos de funcionarios europeos, esta actitud de Antonio era claramente reveladora. Estamos, paradójicamente, ante un hombre de acción. Y digo paradójicamente porque a los universitarios (y no digamos a los funcionarios de Ministerios) se nos achaca, no sin razón, ser indolentes ante los males de la república. Pero no es ese el caso de Morales. Su compromiso con la *res publica* es algo que realmente llama la atención a todos los que hemos tenido el privilegio de tratar con él.

Tampoco acertaríamos retratando a Morales como el típico arbitrista de tertulia, a pesar de que a todos nos consta lo buen contertulio que es. Antonio Morales es, hasta cierto punto, la Historia en acción, la Historia de la que se sacan conclusiones morales, en la mejor tradición dieciochesca. Pero también hemos visto en Antonio una voluntad a lo Nebrija, como delador de la barbarie, de la vulgaridad, del mal gusto y de la incompetencia científica. Todo lo cual es muy de agradecer en estos tiempos oscuros de televisión basura y de exaltación de la mediocridad. A veces, en Morales, esto reviste caracteres algo exagerados: en cierta ocasión él sostuvo la opinión (no coincidente con la mía) que en Música no se había hecho nada serio desde que los hombres dejaron de usar pelucas. Pero no se vea en Antonio al Viejo Oligarca de Atenas. Antonio representa la celebrada frase de Mommsen que define a la Historia como un gran proceso de incorporación, y que se lamenta de, y combate el actual estado de cosas que define como cultura a una mera seudocultura basada en lo nuevo o lo *épatant*, despreciando los grandes logros que la humanidad ha ido consiguiendo, desde la rueda hasta la música de

Mozart.

Querido Antonio: hoy, en este acto solemne de tu lección jubilar, me ves revestido de rector de la Universidad de Salamanca, en la que sembraste tu magisterio. Por tanto, represento el agradecimiento de la Institución por aquella siembra y por los discípulos que dejaste, muchos de los cuales nos acompañan hoy. Pero ante todo vengo como ese catedrático de Bioquímica que encontró tanto terreno intelectual común contigo, que tanto aprendió de tí, y que tan buenos ratos diría que socráticos, pasó contigo.

El diccionario de la RAE nos da de la palabra “jubilación” una serie de acepciones, una de las cuales, la de “viva alegría, júbilo” viene precedida por la ominosa abreviatura “ant.” que significa “anticuada, en desuso”. Recuperemos hoy el uso de esa acepción, y alegrémonos todos porque un maestro, que eres tú, hace su entrada triunfal entre los catedráticos eméritos.

Por todo ello, muchas gracias y enhorabuena, Antonio.